



H. P. Lovecraft

La Extraña Casa  
Elevada Entre La  
Niebla

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **LA EXTRAÑA CASA ELEVADA ENTRE LA NIEBLA**

**H. P. LOVECRAFT**

**PUBLICADO: 1931  
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG**

**TRADUCCIÓN PROPIA DE ELEJANDRÍA**

# **LA EXTRAÑA CASA ELEVADA ENTRE LA NIEBLA**

**(TAMBIÉN CONOCIDO COMO LA EXTRAÑA CASA  
EN LA NIEBLA)**

Por la mañana, la niebla sube del mar por los acantilados más allá de Kingsport. Blanca y plumosa llega desde las profundidades hasta sus hermanos los nubarrones, llena de sueños de pastos húmedos y cuevas de leviatán. Y más tarde, cuando llueve en verano sobre los tejados empinados de los poetas, las nubes esparcen trozos de esos sueños, que los hombres no vivirán sin el rumor de viejos secretos extraños, y maravillas que los planetas cuentan a los planetas solos en la noche. Cuando los cuentos vuelan densos en las grutas de los tritones, y las caracolas de las ciudades de algas marinas soplan melodías salvajes aprendidas de los Ancianos, entonces las grandes nieblas ansiosas acuden al cielo cargadas de sabiduría, y los ojos del océano en las rocas de azulejos sólo ven una blancura mística, como si el borde del acantilado fuera el borde de toda la tierra, y las solemnes campanas de las boyas tocaran libres en el éter de los hados.

Ahora, al norte de la arcaica Kingsport, los riscos ascienden elevados y curiosos, terraza sobre terraza, hasta que el más septentrional cuelga del cielo como una nube de viento gris y helada. Está solo, un punto sombrío que sobresale en un espacio ilimitado, porque allí la costa gira bruscamente donde el gran Miskatonic sale de las llanuras más allá de Arkham, trayendo leyendas de bosques y pequeños recuerdos pintorescos de las colinas de Nueva Inglaterra. Los habitantes del mar de Kingsport miran ese acantilado como otros habitantes del mar miran la estrella polar, y miden el tiempo de las vigilias nocturnas por la forma en que oculta o muestra la Osa Mayor, Casiopea y el Dragón. Para ellos, la estrella polar forma parte del firmamento, y se les oculta cuando la niebla oculta las estrellas o el sol.

Algunos de los acantilados les encantan, como aquel cuyo grotesco perfil llaman Padre Neptuno, o aquel cuya escalinata con pilares llaman "La Calzada"; pero a éste le temen por estar tan cerca del cielo. Los marineros portugueses que llegan de un viaje se persignan cuando la ven por primera vez, y los viejos yanquis creen que sería mucho más grave que la muerte escalarla, si es que eso fuera posible. Sin embargo, hay una casa antigua en ese acantilado, y al atardecer los hombres ven luces en las pequeñas ventanas.

La antigua casa siempre ha estado allí, y la gente dice que en su interior habita alguien que habla con las nieblas matinales que suben de las profundidades, y tal vez ve cosas singulares hacia el océano en esos momentos en que el borde del acantilado se convierte en el borde de toda la tierra, y solemnes boyas tocan libremente en el éter blanco de los hados. Esto lo cuentan de oídas, porque ese peñasco siempre está sin visitar, y a los nativos no les gusta apuntar los telescopios hacia él. Los huéspedes veraniegos lo han escudriñado con prismáticos alegres, pero nunca han visto más que el tejado gris primitivo, con picos y tejas, cuyos aleros llegan casi hasta los cimientos grises, y la tenue luz amarilla de las ventanitas que asoman por debajo de esos aleros en el crepúsculo. Estos veraneantes no creen que el mismo haya vivido en la antigua casa durante cientos de años, pero no pueden demostrar su herejía a ningún Kingsporter de verdad. Incluso el Terrible Anciano que habla con péndulos de plomo en botellas, compra comestibles con oro español centuriado y guarda ídolos de piedra en el patio de su antediluviana casita de la calle Water sólo puede decir que estas cosas eran iguales cuando su abuelo era niño, y eso debió de ser inconcebible hace siglos, cuando Bel-

cher o Shirley o Pownall o Bernard era Gobernador de la Provincia de Su Majestad de la Bahía de Massachusetts.

Un verano llegó un filósofo a Kingsport. Se llamaba Thomas Olney y enseñaba cosas pesadas en un colegio de la bahía de Narragansett. Llegó con su corpulenta esposa y sus retozones hijos, y sus ojos estaban cansados de ver las mismas cosas durante muchos años y de pensar los mismos pensamientos bien disciplinados. Miraba las nieblas desde la diadema del padre Neptuno, e intentaba adentrarse en su blanco mundo de misterio a lo largo de los titánicos escalones de The Causeway. Mañana tras mañana se tumbaba en los acantilados y miraba por encima del borde del mundo el críptico éter que había más allá, escuchando campanas espectrales y los gritos salvajes de lo que podrían haber sido gaviotas. Luego, cuando la niebla se disipaba y el mar se erguía próspero con el humo de los vapores, suspiraba y descendía a la ciudad, donde le encantaba recorrer las estrechas y antiguas callejuelas colina arriba y colina abajo, y estudiar los locos frontones tambaleantes y los extraños portales con pilares que habían dado cobijo a tantas generaciones de robustos habitantes del mar. E incluso hablaba con el Terrible Anciano, al que no le gustaban los forasteros, y era invitado a entrar en su casa de campo terriblemente arcaica, donde los techos bajos y los revestimientos de gusanos oyen los ecos de inquietantes soliloquios en la oscuridad de la madrugada.

Por supuesto, era inevitable que Olney marcara en el cielo la cabaña gris no visitada, en ese siniestro peñasco hacia el norte que es uno con la niebla y el firmamento. Siempre se cernía sobre Kingsport, y siempre su misterio sonaba en susurros a través de las torcidas callejuelas de Kingsport. El Terrible Anciano contaba una historia que le había contado su padre, sobre un rayo que una noche salió disparado desde aquella cabaña hasta las nubes del cielo; y Granny Orne, cuya pequeña morada con tejado de dos aguas en Ship Street está toda cubierta de musgo y hiedra, graznó sobre algo que su abuela había oído de segunda mano, sobre formas que salían de las nieblas del este directamente hacia la estrecha puerta de ese lugar inalcanzable, ya que la puerta está situada cerca del borde del peñasco hacia el océano, y sólo se vislumbra desde los barcos en el mar.

Al final, ávido de cosas nuevas y extrañas, y sin que lo detuvieran ni el miedo de Kingsporter ni la indolencia habitual del huésped de verano, Olney tomó una terrible decisión. A pesar de su formación conservadora -o

debido a ella, pues las vidas monótonas engendran nostálgicos anhelos de lo desconocido-, hizo el gran juramento de escalar aquel evitado acantilado septentrional y visitar la anormalmente antigua cabaña gris en el cielo. Muy plausiblemente, su yo más cuerdo argumentó que el lugar debía estar habitado por gente que llegaba desde el interior por la cresta más fácil junto al estuario del Miskatonic. Probablemente comerciaban en Arkham, sabiendo lo poco que le gustaba a Kingsport su morada o tal vez siendo incapaces de descender por el acantilado del lado de Kingsport. Olney caminó a lo largo de los acantilados menores hasta donde el gran peñasco saltaba insolentemente para conspirar con las cosas celestiales, y llegó a estar muy seguro de que ningún pie humano podría montarlo o descenderlo en aquella escarabajosa ladera meridional. Hacia el este y el norte se elevaba miles de metros perpendicularmente desde el agua, de modo que sólo quedaba el lado occidental, hacia el interior y en dirección a Arkham.

Una mañana temprana de agosto, Olney se dispuso a encontrar un camino hasta el inaccesible pináculo. Se dirigió hacia el noroeste por agradables carreteras secundarias, pasando por Hooper's Pond y el viejo polvorín de ladrillo, hasta donde los pastos se inclinan hacia la cresta sobre el Miskatonic y ofrecen una hermosa vista de los blancos campanarios georgianos de Arkham a través de leguas de río y pradera. Aquí encuentro un camino sombreado hacia Arkham, pero ningún sendero en la dirección hacia el mar que deseaba. Los bosques y los campos se amontonaban hasta la alta orilla de la desembocadura del río, y no mostraban ni una señal de la presencia del hombre; ni siquiera un muro de piedra o una vaca extraviada, sino sólo la hierba alta y los árboles gigantes y las marañas de zarzas que el primer indio podría haber visto. A medida que ascendía lentamente hacia el este, cada vez más alto por encima del estuario que quedaba a su izquierda y cada vez más cerca del mar, el camino se le hacía cada vez más difícil, hasta que se preguntó cómo se las arreglaban los habitantes de aquel desagradable lugar para llegar al mundo exterior, y si acudían a menudo al mercado de Arkham.

Entonces los árboles se hicieron más delgados, y muy por debajo de él, a su derecha, vio las colinas y los antiguos tejados y agujas de Kingsport. Incluso Central Hill era un enano desde aquella altura, y apenas podía distinguir el antiguo cementerio junto al Hospital Congregacional, bajo el cual se rumoreaba que acechaban terribles cuevas o madrigueras. Por delante había

hierba rala y matorrales de arándanos, y más allá la roca desnuda del peñasco y la delgada cima de la temida cabaña gris. Ahora la cresta se estrechaba, y Olney se mareaba por su soledad en el cielo, al sur de él el espantoso precipicio sobre Kingsport, al norte la caída vertical de casi una milla hasta la desembocadura del río. De pronto se abrió ante él un gran abismo de tres metros de profundidad, de modo que tuvo que dejarse caer por las manos y caer a un suelo inclinado, y luego arrastrarse peligrosamente por un desfiladero natural en la pared opuesta. Así viajaba la gente de la extraña casa entre la tierra y el cielo.

Cuando salió de la sima, se acumulaba la niebla matutina, pero vio claramente la elevada e ignominiosa cabaña; las paredes tan grises como la roca, y el alto pico destacándose audaz contra el blanco lechoso de los vapores marinos. Y se dio cuenta de que no había puerta en el extremo de tierra, sino sólo un par de pequeñas ventanas enrejadas con sucios cristales de ojo de buey emplomados a la manera del siglo XVII. Todo a su alrededor era nube y caos, y no podía ver nada por debajo de la blancura del espacio ilimitado. Estaba solo en el cielo con aquella casa extraña y muy inquietante; y cuando se asomó a la fachada y vio que la pared estaba a ras del borde del acantilado, de modo que no se podía llegar a la única y estrecha puerta si no era desde el vacío éter, sintió un terror inconfundible que la altitud no podía explicar del todo. Y era muy extraño que unas tejas tan agusanadas pudieran sobrevivir, o que unos ladrillos tan desmenuzados formaran aún una chimenea en pie.

A medida que la niebla se espesaba, Olney se acercó sigilosamente a las ventanas de los lados norte, oeste y sur, las probó pero las encontró todas cerradas. Se alegró vagamente de que estuvieran cerradas, porque cuanto más veía aquella casa, menos deseaba entrar. Entonces un sonido lo detuvo. Oyó el tintineo de una cerradura y el disparo de un cerrojo, seguido de un largo chirrido, como si una pesada puerta se abriera lenta y cautelosamente. Estaba en el lado del océano que él no podía ver, donde el estrecho portal se abría a un espacio en blanco de miles de metros en el cielo brumoso por encima de las olas.

Luego se oyeron pisadas fuertes y deliberadas en la cabaña, y Olney oyó que se abrían las ventanas, primero en el lado norte, frente a él, y luego en el oeste, a la vuelta de la esquina. Luego vendrían las ventanas del sur, bajo el gran alero bajo del lado donde él se encontraba; y hay que decir que se

sintió más que incómodo al pensar en la detestable casa de un lado y la vacante de aire superior del otro. Cuando se oyó un tintineo en las ventanas más cercanas, volvió a arrastrarse hacia el oeste y se apoyó contra la pared, junto a las ventanas ahora abiertas. Era evidente que el propietario había vuelto a casa; pero no venía de tierra, ni de ningún globo o dirigible que pudiera imaginarse. Volvieron a oírse pasos y Olney se dirigió hacia el norte, pero antes de que pudiera encontrar un refugio, una voz lo llamó suavemente y supo que debía enfrentarse a su anfitrión.

Asomado por la ventana oeste había un gran rostro de barba negra cuyos ojos estaban fosforescentes con la huella de imágenes inauditas. Pero la voz era suave y de un pintoresco tono antiguo, de modo que Olney no se estremeció cuando una mano morena le tendió la mano para ayudarle a cruzar el alféizar y entrar en aquella habitación baja de frisos de roble negro y muebles Tudor tallados. El hombre vestía ropas muy antiguas y tenía un nimbo irremplazable de tradiciones marinas y sueños de altos galeones. Olney no recuerda muchas de las maravillas que contó, ni siquiera quién era; pero dice que era extraño y amable, y que estaba lleno de la magia de vacíos insondables de tiempo y espacio. La pequeña habitación parecía verde con una tenue luz acuosa, y Olney vio que las lejanas ventanas del este no estaban abiertas, sino cerradas contra el nebuloso éter con cristales opacos como el fondo de viejas botellas.

Aquel anfitrión barbudo parecía joven, pero sus ojos estaban impregnados de los misterios más antiguos; y por las historias de cosas antiguas y maravillosas que relataba, era de suponer que la gente del pueblo tenía razón al decir que había comulgado con las nieblas del mar y las nubes del cielo desde que hubo un pueblo que observara su taciturna morada desde la llanura de abajo. Y el día siguió transcurriendo, y Olney siguió escuchando rumores de tiempos pasados y lugares lejanos, y oyó cómo los reyes de la Atlántida luchaban contra las resbaladizas blasfemias que se escurrían por las grietas del fondo del océano, y cómo el templo de Poseidón, con sus columnas y su maleza, sigue siendo vislumbrado a medianoche por los barcos perdidos, que saben por su visión que están perdidos. Se recordaron los años de los Titanes, pero el anfitrión se volvió tímido cuando habló de la tenue primera edad del caos, antes de que nacieran los dioses o incluso los Ancianos, y cuando los otros dioses llegaron a bailar en la cima de Hatheg-Kia, en el desierto pedregoso cerca de Ulthar, más allá del río Skai.



Fue entonces cuando llamaron a la puerta; aquella antigua puerta de roble tachonada de clavos más allá de la cual sólo se extendía el abismo de nubes blancas. Olney se sobresaltó, pero el hombre barbudo le indicó que se quedara quieto y se acercó de puntillas a la puerta para mirar por una mirilla muy pequeña. Lo que vio no le gustó, así que se llevó los dedos a los labios y se puso de puntillas para cerrar y atrancar todas las ventanas antes de volver al antiguo asiento junto a su invitado. En ese momento, Olney vio una extraña silueta negra que se dibujaba sucesivamente contra los cuadrados translúcidos de cada una de las pequeñas ventanas oscuras, mientras el visitante se movía inquisitivamente antes de marcharse; y se alegró de que su anfitrión no hubiera respondido a los golpes. Porque hay objetos extraños en el gran abismo, y el buscador de sueños debe tener cuidado de no despertar o encontrarse con los equivocados.

Entonces las sombras empezaron a acumularse; primero pequeñas y furtivas bajo la mesa, y luego otras más audaces en los oscuros rincones panelados. Y el hombre barbudo hacía enigmáticos gestos de oración y encendía velas altas en candelabros de latón curiosamente labrados. Con frecuencia miraba a la puerta como si esperara a alguien, y al final su mirada parecía ser respondida por un singular golpe que debía de seguir algún código muy antiguo y secreto. Esta vez ni siquiera miró por la mirilla, sino que giró la gran barra de roble y disparó el cerrojo, descorriendo el pestillo de la pesada puerta y abriéndola de par en par a las estrellas y la niebla.

Y entonces, al son de oscuras armonías, flotaron en aquella habitación desde las profundidades todos los sueños y recuerdos de los Poderosos hundidos de la Tierra. Y llamas doradas jugaron alrededor de los mechones de hierba, de modo que Olney quedó deslumbrado mientras les rendía homenaje. Neptuno, portador del tridente, estaba allí, y tritones deportivos y nereidas fantásticas, y sobre los lomos de los delfines se balanceaba una vasta concha crenulada en la que cabalgaba la forma alegre y terrible de Nodens primigenio, Señor del Gran Abismo. Y las caracolas de los tritones emitían extraños estallidos, y las nereidas emitían extraños sonidos al golpear las grotescas conchas resonantes de desconocidos acechantes en negras cuevas marinas. Entonces el anciano Nodens extendió una mano curtida y ayudó a Olney y a su hueste a entrar en la vasta concha, donde las caracolas y los gongs emitieron un clamor salvaje e impresionante. Y hacia el éter ilimita-

do se tambaleó aquel fabuloso tren, cuyos gritos se perdieron en el eco de los truenos.

Durante toda la noche, en Kingsport observaron aquel elevado acantilado cuando la tormenta y la niebla les permitían vislumbrarlo, y cuando hacia la madrugada las pequeñas y oscuras ventanas se oscurecían, susurraban el pavor y el desastre. Y los hijos de Olney y su corpulenta esposa rezaron al dios propio de los bautistas, y esperaron que el viajero tomara prestado un paraguas y unas gomas a menos que la lluvia cesara por la mañana. Entonces el amanecer nadó goteando y cubierto de niebla desde el mar, y las boyas sonaron solemnes en vórtices de éter blanco. Y al mediodía los cuernos de los elfos sonaron sobre el océano mientras Olney, seco y con los pies ligeros, bajaba de los acantilados hacia el antiguo Kingsport con la mirada de lugares lejanos en sus ojos. No podía recordar lo que había soñado en la cabaña con techo de paja de aquel ermitaño aún sin nombre, ni decir cómo se había arrastrado por aquel risco no transitado por otros pies. Tampoco pudo hablar de estos asuntos más que con el Terrible Anciano, que después murmuró cosas extrañas con su larga barba blanca, jurando que el hombre que bajó de aquel peñasco no era del todo el hombre que subió, y que en algún lugar bajo aquel tejado de picos grises, o en medio de inconcebibles tramos de aquella siniestra niebla blanca, aún permanecía el espíritu perdido de aquel que fue Thomas Olney.

Y desde entonces, a lo largo de aburridos años de grisura y cansancio, el filósofo ha trabajado, comido y dormido, y ha realizado sin quejarse los actos propios de un ciudadano. Ya no añora la magia de las colinas lejanas, ni suspira por los secretos que se asoman como verdes arrecifes desde un mar sin fondo. La monotonía de sus días ya no le produce tristeza y los pensamientos bien disciplinados han crecido lo suficiente para su imaginación. Su buena esposa se hace más robusta y sus hijos más viejos, más prósperos y más útiles, y él nunca deja de sonreír correctamente con orgullo cuando la ocasión lo requiere. En su mirada no hay ninguna luz inquieta, y si alguna vez escucha campanas solemnes o lejanos cuernos de duende es sólo por la noche, cuando vagan viejos sueños. Nunca ha vuelto a ver Kingsport, porque a su familia no le gustaban las viejas y graciosas casas y se quejaba de que los desagües eran imposiblemente malos. Ahora tienen un elegante bungalow en Bristol Highlands, donde no se alzan altos riscos y los vecinos son urbanos y modernos.

Pero en Kingsport se cuentan historias extrañas, e incluso el Terrible Anciano admite una cosa que no contó su abuelo. Porque ahora, cuando el viento sopla con fuerza desde el norte y pasa por delante de la alta y antigua casa que es una con el firmamento, por fin se rompe ese silencio ominoso y melancólico que siempre ha sido la pesadilla de los habitantes marítimos de Kingsport. Y los ancianos cuentan que allí se oyen voces agradables cantando y risas que se hinchan con alegrías que van más allá de las alegrías de la tierra; y dicen que al anochecer las pequeñas ventanas bajas son más brillantes que antes. Dicen, también, que la feroz aurora llega más a menudo a ese lugar, brillando azul en el norte con visiones de mundos helados, mientras el peñasco y la cabaña cuelgan negros y fantásticos contra las coruscaciones salvajes. Y las nieblas del amanecer son más espesas, y los marineros no están tan seguros de que todo el amortiguado timbre del mar sea el de las solemnes boyas.

Lo peor de todo, sin embargo, es que los viejos temores se marchitan en los corazones de los jóvenes de Kingsport, que se vuelven propensos a escuchar por la noche los débiles sonidos lejanos del viento del norte. Juran que ni el mal ni el dolor pueden habitar esa cabaña de altos picos, porque en las nuevas voces late la alegría, y con ellas el tintineo de la risa y la música. No saben qué historias traerán las brumas marinas a ese pináculo embrujado y septentrional, pero anhelan extraer algún indicio de las maravillas que llaman a la puerta del acantilado cuando las nubes son más densas. Y los patriarcas temen que algún día, uno por uno, busquen ese pico inaccesible en el cielo, y aprendan qué secretos centenarios se esconden bajo el empinado tejado de tejas que forma parte de las rocas y las estrellas y los antiguos temores de Kingsport. No dudan de que aquellos jóvenes aventureros volverán, pero creen que puede haber desaparecido la luz de sus ojos y la voluntad de sus corazones. Y no desean que la pintoresca Kingsport, con sus callejuelas trepadoras y sus gabletes arcaicos, se arrastre lánguida por los años mientras voz a voz el coro de risas se hace más fuerte y salvaje en esa oquedad desconocida y terrible donde las nieblas y los sueños de las nieblas se detienen a descansar en su camino del mar a los cielos.

No desean que las almas de sus jóvenes abandonen los agradables hogares y las tabernas con tejados de paja del viejo Kingsport, ni desean que la risa y la canción en ese alto lugar rocoso se hagan más fuertes. Porque así como la voz que ha llegado ha traído nieblas frescas del mar y del norte lu-

ces frescas, así dicen que otras voces traerán más nieblas y más luces, hasta que tal vez los antiguos dioses (cuya existencia sólo insinúan en susurros por temor a que los oiga el párroco de la Congregación) puedan salir de las profundidades y de las desconocidas Kadath en los fríos páramos y establecer su morada en ese peñasco tan malignamente apropiado y tan cercano a las apacibles colinas y valles de los tranquilos y sencillos pescadores. Esto no lo desean, porque para la gente sencilla las cosas que no son de la tierra no son bienvenidas; y además, el Viejo Terrible recuerda a menudo lo que dijo Olney acerca de un golpe que el habitante solitario temía, y una forma que se veía negra e inquisitiva contra la niebla a través de esas extrañas ventanas translúcidas de ojos de buey emplomados.

Todas estas cosas, sin embargo, sólo pueden decidir las los Ancianos; y mientras tanto, la niebla matutina sigue subiendo por ese hermoso pico vertiginoso con la antigua casa empinada, esa casa gris de hojas bajas donde no se ve a nadie, pero donde la noche trae luces furtivas mientras el viento del norte habla de extrañas fiestas. Blanco y plumoso viene de las profundidades a sus hermanos las nubes, lleno de sueños de pastos húmedos y cuevas de leviatán. Y cuando los cuentos vuelan espesos en las grutas de tritones, y las caracolas en las ciudades de algas soplan melodías salvajes aprendidas de los Ancianos, entonces grandes vapores ansiosos acuden al cielo cargados de sabiduría; y Kingsport, acurrucado inquieto en sus acantilados menores bajo ese imponente centinela colgante de roca, sólo ve hacia el océano una blancura mística, como si el borde del acantilado fuera el borde de toda la tierra, y las solemnes campanas de las boyas repicaran libres en el éter de los hados.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO**  
**PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**